en la ficción, y aquéllos que lo dan a conocer, lo vuelven estéril declarándolo.

Tal es su última ambigüedad: él se disipa si se despierta; parece si sale a la luz. Su condición es la de ser *enterrado vivo*, y en esto es su propio símbolo, figurado por lo que figura: la muerte que es vida, que es muerte en tanto sobrevive.

(Traducción: Sandra Contreras)

DE LA SUBJETIVIDAD EN LA LECTURA

Alberto Giordano

¿Quién lee mejor que un niño? Se dirá que le faltan conocimientos; hay en los libros tantas cosas que no debe comprender; le faltan tantas palabras, tantas experiencias. ¡Pero qué deseo entonces de comprender esas palabras desconocidas, qué atención, qué adivinación!

Michel Butor

Supongamos que alguien lee un diálogo platónico, pongamos por caso el *Ion*, y que sonrío porque advierte que el joven y desprevenido rapsoda no reconoce el sentido irónico de las réplicas que Sócrates le dirige y, al no darse cuenta de que se burlan de él, prosigue su discurso como si nada.

Supongamos que ese lector atento, competente, descubre entonces que el espectáculo de la ironía socrática está montado para él, para que él reconozca la astucia de Sócrates y la estupidez de su antagonista de turno. ¿Qué ha ocurrido entonces? Ese lector “empírico”, ocupando en la escena presupuesta la función —también él— de un personaje: la del testigo, ha venido a encarnar al Lector Modelo que la estrategia autorizada del diálogo preveía, ha venido a personificarlo. Gracias a su atención y su competencia, que le permitieron actualizar la significación de algo que en el texto no estaba dicho (Sócrates se burla de Ion), ese lector ha podido situarse justo allí donde se presuponía que debía hacerlo.

Evaluemos esta pequeña escena. Desde la perspectiva de Umberto Eco¹, de quien hemos tomado el léxico y la sintaxis para referirla, se trata de una escena de

(1) Cfr. “Lector in fabula”. Barcelona, Ed. Lumen, 1981.

lectura: el lector empírico ha satisfecho las “condiciones de felicidad” que el texto establecía para que su contenido fuese “plenamente actualizado”. Intervengamos ahora nosotros, desde nuestra perspectiva, preguntando ¿cuál es el precio que ese lector “empírico” debió pagar para que la felicidad y la plenitud del reconocimiento fueran posibles? No es poco: convertirse en una función in-diferente, en una generalidad vacía: leer como si nadie (cualquiera) leyese, renunciar a poner en juego, para experimentar las transformaciones a las que la someterían los encuentros azarosos, “su” subjetividad.²

Pensada desde el horizonte del reconocimiento, de la reproducción, la lectura no puede ser sino anónima, de un anonimato insignificante: qué importa quién lee, quién se hace cargo de la “actualización”, si todo, hasta lo entredicho, ya está constituido. Pensada desde la perspectiva del acontecimiento, de la enunciación suplementaria, la lectura presupone siempre la intrusión de un sujeto, la afirmación de una subjetividad comprometida en la *invención*. Intrusión equívoca, afirmación problemática: el sujeto de la lectura no usurpa el lugar del Autor; no preexiste al acontecimiento sino que se constituye, enigmáticamente, en él. Lo que aquí llamamos *sujeto de la lectura* no se reduce a la subjetividad del “lector empírico”, pero no deja de estar en relación, de algún modo, con esa certeza. A la vez que vuelve incierta y problemática la identidad del Autor, el acontecimiento de la lectura pone en suspenso, hace vacilar la identidad del lector. En la lectura se afirma la *diferencia* (de los demás, pero también de sí) y no la identidad de quien lee: no todo lo que él ya sabe de sí mismo (sus gustos, sus competencias) sino más bien *algo*, algo impreciso, que sólo a él concierne y que todavía no sabe qué es. En la lectura se afirma “una *cierta* subjetividad, la subjetividad del no-sujeto opuesta al mismo tiempo a la subjetividad del sujeto (impresionismo) y a la no-subjetividad del sujeto (objetivismo)”³. Una subjetividad incierta, equívoca, que desborda la designación pronominal (porque es a un mismo tiempo más y menos que “yo”, porque muestra a la vez lo que al “yo” le sobra y le falta), que ningún nombre propio alcanza a identificar. Para nombrar esta imposibilidad de un nombre, la falta de una palabra única e irrepetible, capaz de representar (en el orden necesariamente general del lenguaje) la singularidad de un sujeto, Barthes recurre en varios de sus últimos ensayos (desde *El placer del texto* en adelante) al término “cuerpo”. *El cuerpo es el sujeto de la lectura* (para ser más precisos, habría que tachar la cópula y escribir: el cuerpo es el sujeto de la lectura, indicando de ese modo que el sujeto que se

- (2) Damos por supuesto que en esta escena conjetural el lector “empírico” se limitó a responder como corresponde, sólo como corresponde.
- (3) Roland Barthes: “Las salidas del texto”, en A.A.V.V.: “Bataille”, Barcelona, Ed. Madrágora, 1976, pág. 30.

constituye en la lectura vacila entre el ser y el no ser, difiere sin cristalizar en alguna identidad).

Permítasenos, al término de esta nota, referir una experiencia “propia” (las comillas son inevitables), y sustituir en nuestro discurso, para hacerlo, la primera persona del plural por la primera del singular (se trata, nada más, de una sustitución de convenciones: como se dijo, el sujeto de la lectura no es reductible a la designación pronominal: no hay pronombre personal que lo represente).

Leyendo una narración de Felisberto Hernández, “Nadie encendía las lámparas”, me detengo, quedo detenido en su final:

“(…) Yo me iba entre los últimos, tropezando con los muebles, cuando la sobrina me detuvo:

“ – Tengo que hacerle un encargo.

“Pero no me dijo nada: recostó la cabeza en la pared del zaguán y me tomó la manga del saco”.

Desde el momento en que quedo “capturado” por esta escena, desde el momento en que ella me atrae, la lectura, “mi” lectura, se vuelve doble. Por un lado, gracias al conocimiento que poseo de la obra de Felisberto, de los que se pueden considerar los procedimientos habituales de su desconcertante narrativa; gracias a ese saber ya adquirido, experimento el placer del reconocimiento: reconozco en esta narración, como antes en otras, que a Felisberto le interesa la *suspensión* y no el suspenso, que ese gesto cumplido a medias por “la sobrina”, ese encargo anticipado que no termina de decirse (que nunca va a ser dicho), queda suspendido sobre la historia como un “bloque errático”; que allí donde la composición clásica prescribe el cierre final, la conclusión de la intriga, Felisberto prefiere instalar la inconclusión y el inacabamiento definitivos: la escena narrada no está en función de ningún desarrollo, su sentido (si lo tiene) no se recupera ni en el futuro de la historia (que no lo hay) ni en su pasado (lo ya narrado).

Pero este fragmento que reproduce – para el lector competente – un procedimiento canónico de la estrategia narrativa de Felisberto, es también, *para mí*, algo más (o algo menos) que un momento representativo. Más allá (o más acá) de la euforia del reconocimiento (en la que la narración sirve de pretexto para el encuentro conmigo mismo, con lo que ya sé), disparada por la “presión de lo indecible que quiere ser dicho”⁴, otro modo de leer, el acontecimiento de la lectura, se ha desencadenado. Me digo que este fragmento, al margen de su valor general – lo que vale para cualquier lector competente –, es, para mí... ¿cómo decirlo?... No encuentro la palabra. Este fragmento, que acaba de cobrar una presencia tan

(4) Roland Barthes: “La cámara lúcida”, Barcelona, Ed. Gustavo Gili, 1982, pág. 53.

intensa como enigmática, me inquieta, me toca sin que yo pueda saber por qué, por qué la inquietud que siento no desaparece con el saber producido por el reconocimiento. Lo que de ese fragmento me atrae, aunque todavía no sé qué es, aunque todavía no puedo identificarlo, darle un nombre, sé que es *otra cosa* que su valor de ejemplo de lo ya sabido: *algo* que no existía antes de haberlo encontrado. Digo: “Es perfecto”, pero aclaro (y me aclaro) de inmediato, que la perfección de este fragmento no depende de su pertenencia a una estrategia narrativa — que estaría en la base de otros fragmentos y otras narraciones —, sino de *otra cosa*. Sin poder decirla, entreveo que esa “cosa” enigmática está en una relación de extrema intimidad (a la vez que de absoluta lejanía) conmigo. Como si dijese, certidumbre incierta: este fragmento fue escrito *para mí*, sólo para mí, pero no sé por qué lo digo.

En el acontecimiento del encuentro azaroso con *algo* ni dicho ni presupuesto por la escena, que fragmenta la narración, que la transforma en otra que sí (porque el fragmento, sin dejar de mostrar una estrategia ya sabida, transmite también — ¿según qué medios? — *otra cosa*); en ese encuentro vacilan a un tiempo la identidad del Autor (ninguna estrategia se reclama como tal), la del texto y la mía. Desaparece el espacio, que es condición para el reconocimiento, entre el texto, como objeto cierto, y yo, como subjetividad cierta. *El texto* (pero ya no el texto sabido — la reconocible narración de Felisberto que tenía ante mis ojos —, aunque todavía no otro) *me toca a la vez que mi cuerpo* (eso que parece serme tan íntimo como extraño) *lo inventa*. Antes de la lectura no hay *cuerpo* — subjetividad incierta, infundada — sino *yo* — el poder de reconocer —; antes de la lectura no hay *texto* — escisión del sentido — sino *obra* — unidad, totalidad.

Causada por esta experiencia neutra, impersonal, de la que se han ausentado las personas del Autor y del lector; movida por la necesidad de interrumpir — sin olvidar del todo — el estado de suspensión en que he caído: la insistencia en permanecer “pegado” a esas frases que han dejado de ser sólo frases, la lectura toma de la forma de una *deriva* modalizada por la *entonación conjetural*. *Tal vez sea* este el motivo de la atracción que siento; *acaso* este otro. Como cuando intentamos — siempre a destiempo — explicarnos el amor, las razones que ocurren desbordan a lo que nos atrae y “remiten a fantasmas, a Terceros, a Temas que se encarnan en él según leyes complejas”⁵. Entonces vuelven, entrelazados en una figura repetidamente nueva, otros fragmentos de literatura y de vida. Para no desconocerlo en lo que él tiene de esencial — su inesencialidad —, para ponerlo en obra, las conjeturas, sin pretender disimularlo, sin querer decir su verdad, contornean, dibujan los límites del vacío que se ha abierto en la narración de Felisberto y en mí.

(5) Gilles Deleuze: “Proust y los signos”, Barcelona, Ed. Anagrama, 1972, pág. 42.